"LA DOBLE CURA TIPIFICADA EN EL ANTIGUO TESTAMENTO"

LA DOBLE CURA EN PROFECÍA.

Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias;
y de todos vuestros ídolos os limpiaré.
26 Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros;
y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne.
27 Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos,
y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra (Ezequiel 36:25-27).

En este capítulo de Ezequiel vemos el pronombre "Yo", implícito en la conjugación de los verbos, muchas veces en referencia a Dios haciendo obras de gracia para Su pueblo. Es Dios el que hace estas obras de gracia; el cristiano sólo debe aceptar por fe lo que Dios tiene preparado para él a través de la expiación de Cristo. Si tuvimos fe para creer que Dios podía perdonar nuestros pecados y hacernos una nueva criatura, debemos tener fe para creer que Él puede quebrantar el poder del pecado en nuestras vidas y conformarnos, día a día, a través de diferentes eventos y circunstancias, a la imagen de Su amado Hijo, nuestro Señor Jesucristo.

Esparciré sobre vosotros agua limpia – La aspersión de agua limpia para ser limpio mencionada al inicio del versículo 25 se refiere al Nuevo Nacimiento. En Tito 3:5 se declara que Dios "nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por Su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo". Se declara que hay un lavamiento en la regeneración, en el Nuevo Nacimiento. Pablo dijo que somos aceptos en el Amado (Cristo), en quien tenemos redención por Su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de Su gracia (Dios lo hace). Si no hay derramamiento de sangre, no hay remisión (pecados) de pecados, pero Cristo derramó Su sangre por nosotros y es Su sangre la que nos limpia de todo pecado (1 Jn. 1:7).

Asimismo en Efesios 5:26, Pablo declara que Cristo se entregó a Sí mismo por Su iglesia, "para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra." Cristo dijo: "el que no naciere de agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios" (Jn. 3:5). La Palabra de Dios es también un elemento purificador. Es a través de ella que la fe viene para poder ir a Dios en busca de perdón. Cuando el pecador escucha la Palabra de Dios, ésta provoca en él deseos de Dios, revela su condición y necesidad de Dios y muestra el medio para reconciliarse con Dios. Todo esto el pecador puede rechazarlo, pero a aquel que se somete a la Palabra, Dios le promete limpieza y perdón.

Seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo, dice la profecía. Dios promete perdonar al pecador de sus pecados, limpiarlo o purificarlo de sus ídolos y darle un corazón nuevo. Cuando el pecador acepta a Cristo como su Salvador, Dios le perdona de sus pecados y pone en él deseo de agradar a Dios. Dios cambia la vida del creyente renacido (1 Jn. 2:29; 3:8). "Según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios," dijo Pablo (Rom. 7:22). Dios le ha dado un nuevo corazón. Sí, el Nuevo Nacimiento cambia al pecador. En sí, esto es la evidencia irrefutable de la obra de redención en un corazón; "por sus frutos los conoceréis." Potencialmente el creyente nacido de nuevo ha sido santificado, ha sido hecho una nueva criatura y las cosas viejas han pasado y todas son hechas nuevas para él; y aunque hay en su vida mucho que Dios todavía desea hacer, está a su alcance, ahora, el poder purificador de la sangre de Cristo para su diario vivir y la promesa que Dios ha de llevar a cabo en su vida obras de gracia de las cuales el creyente deberá apropiarse por la fe ahora que es un hijo de Dios.

La profecía continúa diciendo, "***y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros***" – esta frase representa la venida del Espíritu en el Nuevo Nacimiento. Es la presencia del Espíritu lo que capacita al creyente nacido de nuevo a amar a Dios. Antes no podía hacerlo, pero ahora el amor de Dios ha sido derramado en su vida por el Espíritu Santo que le ha sido dado (Rom. 5:5).

Y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne – El "corazón de piedra" del versículo 26 se refiere a la ley del pecado o el principio de pecado. Dios promete quitar este corazón de piedra y a la vez promete dar un "corazón de carne"; esta es la obra de la santificación posterior al Nuevo Nacimiento. En la santificación, Dios elimina la insensibilidad, la rebelión y la rigidez que caracteriza a un "corazón de piedra"; y Él da un corazón nuevo, un "corazón de carne", que es sensible a los tratos de Dios. Un corazón que es capaz de ser moldeado de acuerdo con las impresiones de Dios. Este es un corazón perfeccionado en el amor a Dios. Al nacer de nuevo se le dio un corazón que amaba a Dios, pero la presencia del principio de pecado en su vida no le permitía amarlo de todo corazón. Pero al Dios quitar el corazón de piedra y dar un corazón sensible a Él, el creyente puede ahora amar a Dios de todo corazón, de toda su alma y con todas sus fuerzas (Deut. 6:5; 30:6).

En el versículo 27, la frase "***y pondré dentro de vosotros mi Espíritu***", es una clara referencia a la llenura del Espíritu Santo. Esto es cuando el Espíritu está controlando toda la vida. La venida del Espíritu en el Nuevo Nacimiento se representa en el versículo 26; "*y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros*". Esto se lleva a cabo antes de quitar el "corazón de piedra" y dar el "corazón de carne". Pero una vez que el principio de pecado (viejo hombre) ha sido crucificado en la vida del creyente, el Espíritu puede entonces controlarlo a plenitud.

"***Y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra*** " (36:27). Cuanto más se profundiza en Cristo, será más fácil el guardar Sus mandamientos. El cristiano carnal odia los mandamientos de Dios, pues son gravosos para él (1Jn. 5: 3). Pero al cristiano que ha sido santificado, los mandamientos de Dios no son más un carga, sino una bendición. Ya no es sólo oidor de la Palabra sino hacedor de la misma. Ya no hay peros en su vida para cumplir lo que Dios dice, sino una profunda carga de agradar a Dios cumpliendo Sus mandamientos. La Palabra de Dios es en su vida la Palabra implantada, la cual puede salvar nuestras almas. Su vida es regida en todo momento por la voluntad de Dios expresada en Su Palabra. La Palabra está en su mente y en su corazón enseñándole, guiándole, redarguyéndole, corrigiéndole e instruyéndole en la justicia de Dios, llevándole así a ser perfecto (maduro espiritualmente), enteramente preparado para toda buena obra (2 Tim. 3:16).

Esta profecía es lo que los hijos de Israel experimentarán en el futuro. Al final de los últimos tres años y medio de la gran tribulación, un avivamiento espiritual vendrá sobre Israel. Pablo dijo que "todo Israel será salvo" después que haya entrado la plenitud de los gentiles. Dios derramará sobre la casa de David espíritu de gracia y de oración, y mirarán a Cristo, a quien traspasaron y llorarán y se afligirán por haberlo rechazado (Zac. 12:10). Este avivamiento espiritual sólo puede producirlo el evangelio de Cristo que los judíos finalmente aceptarán. La misma obra de Dios que los israelitas experimentarán en sus corazones, es lo que un pecador experimenta cuando viene a Cristo y se rinde totalmente a Él. Asimismo, esta profecía puede referirse a las obras de gracia en el Milenio. En el Milenio, la gente va a nacer con una naturaleza pecaminosa, pero Cristo suprimirá cualquier desarrollo del pecado; la gente le obedecerá. Cristo estará gobernando con vara de hierro. La nación judía entrará en la plenitud de la redención. Habrá una mayor atracción e interés en profundizar en la obra de la redención debido a menos pecado en la Tierra. [i]

Lo expresado en esta profecía será un poderoso avivamiento que va a extenderse por todo Israel. ¿Será el rey David el que les predique? Él sabe acerca de esta verdad de la santificación (Sal 51); David sabe la gran necesidad de ser más blanco que la nieve y el ser liberado de ese corazón de piedra, el pecado (*ta hamartia*), la contaminación. [ii]

Pero esta profecía es la promesa de Dios a Israel de lo que la obra de la expiación y redención en Cristo puede llevar a cabo en todo mortal que pone su fe exclusivamente en Jesucristo como Su Salvador y se rinde a la abundancia de la gracia de Dios para su vida.

Tarea: Memorizar Ezequiel 36:25-27.